

# CHÍA

Municipio de la Ribagorza, a la entrada del valle de Benasque. Se halla situado en la margen derecha del río Ésera, a 1.162 m de altitud al pie de la sierra de Chía, y dista 49 km de Graus, desde donde se llega remontando la carretera A-139 que conduce a Benasque. Su posición tuvo considerable relevancia en épocas pasadas, ya que desde Chía parte la pista que, atravesando el puerto de Sahún, enlaza con la localidad de Plan, esto es, la que tradicionalmente ha comunicado los valles de Benasque y Gistaín, o por mejor decir, los del Ésera y del Cinca.

La primera mención de Chía se encuentra entre los documentos del *Rótulo de Benasque*: entre 1015 y 1019, en la venta de dos viñas realizadas por un vecino de Sos a dos importantes personajes del valle protegidos de la condesa Mayor. Avanzada la segunda mitad del siglo XI, cuando Sancho Ramírez agrega a San Victorián el monasterio de Taberna, concede a este último cenobio varios hombres del valle de Benasque, entre ellos Vitalem *in villa Gia*, con su mujer, hijos y bienes; y concede también al de San Victorián la décima de *Ermengaude et de Rossa de Gia*. A finales de esta centuria, son varios los vecinos de Chía que se citan en la memoria de los diezmos que deben pagarse a San Vicente de Roda por las viñas que se cultivan en el viñedo de Castejón de Sos.

Chía dependió del monasterio de Taberna, y por tanto secundariamente del de San Victorián, a partir del siglo XII, por decisión real de Pedro I, quien había prometido entregar esta villa y sus términos al viejo cenobio aragonés si salía victorioso en la batalla de Alcoraz, que le permitió tomar la ciudad de Huesca. Así, en efecto, en marzo de 1099, tres años después de esa batalla, el monarca cumple lo prometido y hace efectiva la donación a San Pedro de Taberna, ampliando las posesiones que San Victorián ostentaba en la zona, pues los términos de Chía les eran colindantes. Sin embargo, la decisión real acarreará problemas con el anterior teniente de la villa, Ramón Amat, quien se negó a aceptar otra honor a cambio de Chía, como se especifica en el propio documento de donación; por tanto, Pedro I permite que Amat mantenga su tenencia hasta que se dé la posibilidad de acordar un intercambio que satisfaga a las dos partes.

En 1123 todavía se consignaba a Ramón Amat como *senior in Gia*, al conceder este monarca ciertos derechos al valle de Benasque. Sin embargo, cuatro años más tarde Alfonso I renovaba la donación de Chía al monasterio de Taberna y a San Victorián hecha por su hermano en 1099, indicando que la efectuaba "para que Dios me libere de la mano de mis enemigos" y, en este caso, ya sin restricciones, de lo que se deduce que se había encontrado una solución para contentar a los Amat o que, simplemente, la autoridad real se había impuesto con más fuerza. Es esta fecha de 1126, por tanto, la que cabe considerar como de cesión efectiva de la villa al señorío eclesiástico asanense, y de hecho será de este documento del que los monjes de San Victorián pidan realizar una copia cuando, a mediados del siglo XIV, necesitaron hacer valer sus derechos.

Quizá los viejos tenientes de Chía, sin embargo, que en la documentación pueden identificarse con sucesivos personajes de apellido Beranuy, por ser éste el señorío del que acabaron tomando el nombre, siguieron manteniendo el control sobre la villa, aunque en todo caso en nombre del abad de San Victorián. En torno a la década de 1180 debió de producirse una rebelión nobiliaria contra el dominio asanense en tierras de la Ribagorza, pues consta la reclamación que su abad expuso al rey de Aragón para que se le repusiera en sus derechos; uno de los bienes usurpados fue la villa de Chía, de modo que en 1184 Alfonso II acudió al monasterio de San Victorián y, en presencia de varios nobles caballeros de la zona, ordenó a Bernardo de Beranuy que la entregase, junto con *alium honorem quem tenebat*, al rey y al abad, sin que cupiera ninguna opción de que se disputaran dichos derechos al monasterio en el futuro.

San Victorián, por tanto, se mantuvo en pacífica posesión de la villa hasta la restauración del obispado de Barbastro, en 1571, cuando por bula papal Chía quedaba incorporada a su jurisdicción eclesiástica. Esto originó un larguísimo conflicto entre Barbastro y San Victorián, que no cesó hasta la extinción de este último. En el caso de Chía, aunque algunas fuentes indican que San Victorián hubo de conformarse con la posesión del barrio de San Martín, donde se encuentra una de las dos

iglesias de la localidad, hay constancia de que al menos hasta finales del siglo XVIII tuvo a su cargo la parroquial de San Vicente, donde incluso el abad del citado cenobio mantenía casa propia. Por el contrario, la iglesia de San Martín, que también fue parroquia, estuvo vinculada hasta fechas recientes a una propiedad particular.

## Ermita de San Martín

SE ENCUENTRA A LAS AFUERAS DE LA LOCALIDAD, hacia el Norte, en la zona más elevada del casco urbano, al inicio de la pista que conduce hacia el valle de Gistaín. Es un edificio de nave única con cuatro capillas laterales, ábside semicircular y espadaña coronando el muro de los pies. En tramo más occidental del muro sur se encuentra la portada, muy sencilla y cobijada por un estrecho pórtico.

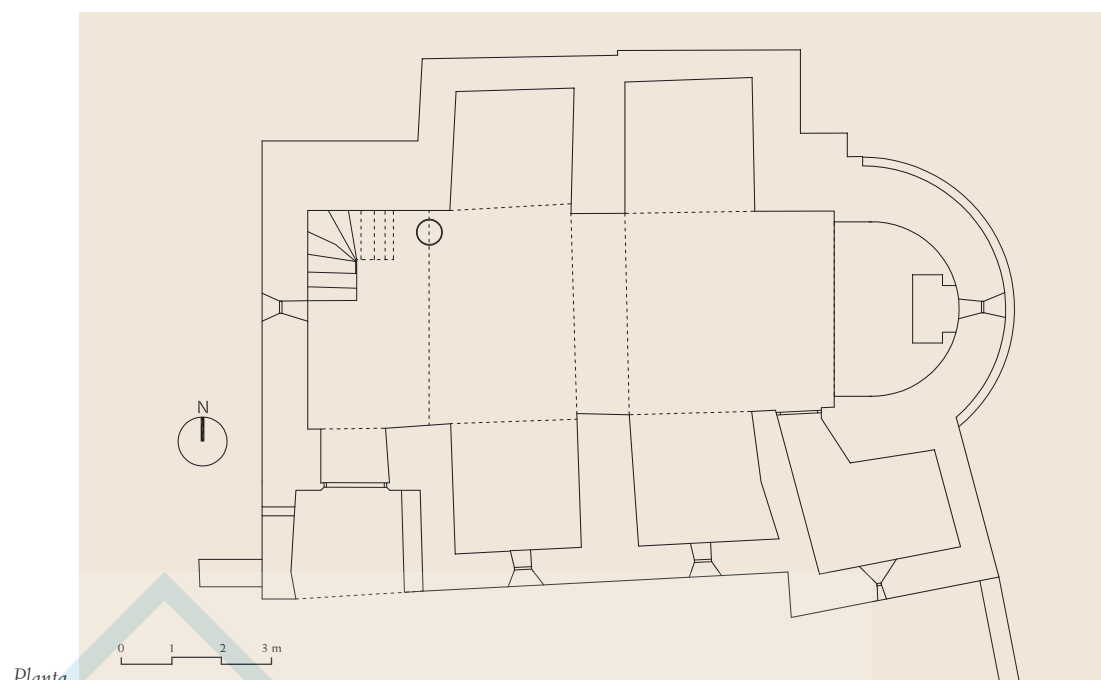
Se trata de una construcción de cierta calidad, en especial por lo que se refiere al ábside, edificado con sillares cuidadosamente trabajados y dispuestos en hiladas regulares, sin apenas ripios. Tiene sencillo alero a modo de cornisa biselada, sostenida por canecillos lisos, tallado todo ello en piedra toba, y se asienta sobre un zócalo de gruesos sillares, dispuesto para salvar el desnivel del terreno. El eje del tambor viene marcado por la presencia de una ventanita de doble derrame, con arco de medio punto monolítico. Los muros de la nave, en la parte correspondiente a las capillas, son de mampostería; el de los pies, sobre todo por el interior, muestra un aparejo regular, más similar al del ábside.

La nave, levemente más ancha y alta que la cabecera, se cubre por bóveda de cañón levemente apuntada, perfil que también presenta el casquete absidal. En la última restauración, de comienzos del siglo XXI, se eliminó el enlucido que recubría totalmente el interior, quedando actualmente la piedra vista. Ello permite observar la regularidad del aparejo de la bóveda, rítmicamente jalonado por hiladas de piezas estrechas, y también la tosquedad de la cubierta de las capillas laterales, de sillarejo en mampostería. Los arcos de las embocaduras se consiguen a base de estrechos sillares puestos de canto, como ocurre en las iglesias de Anciles o Benasque.

El tramo de la nave más cercano a los pies sufre un ligero retranqueo, evidente tanto en los muros laterales como en la bóveda. Una rústica escalerilla adosada al ángulo noroccidental conduce al coro en alto, protegido con barandilla de madera y decorado con pinturas barrocas de carácter popular. Bajo el coro, y junto a los pies, se abre la pequeña portada, formada con anchas dovelas y sin otra decoración que un leve bisel bordeando el vano. Sobre la clave aparece empotrada



Vista general



Interior

una pequeña pieza tallada con un motivo triangular dividido en bandas horizontales, posiblemente heráldico. El porche que lo precede va cubierto con una bóveda de lunetos de factura muy basta, a base de sillarejo y abundante argamasa.

Además del elegante vano que centra el ábside, iluminan este espacio dos toscas ventanas abiertas en las capillas del lado sur, tardías, y una tercera, adintelada y con derrame al interior, en la parte alta del muro de los pies.

La obra original, que se detecta principalmente en el ábside y la bóveda, debe datarse hacia finales del siglo XII, en coincidencia con la recuperación de los derechos sobre Chía por parte del monasterio de San Victorián. La fábrica de las capillas corresponde a una reforma posterior, posiblemente del siglo XVI; a finales del siglo XVIII todavía sufrió otra, que posiblemente afectó también a las capillas del segundo tramo y que incluyó la realización del pórtico y la sacristía, además del coro.



## FRONTAL DE ALTAR

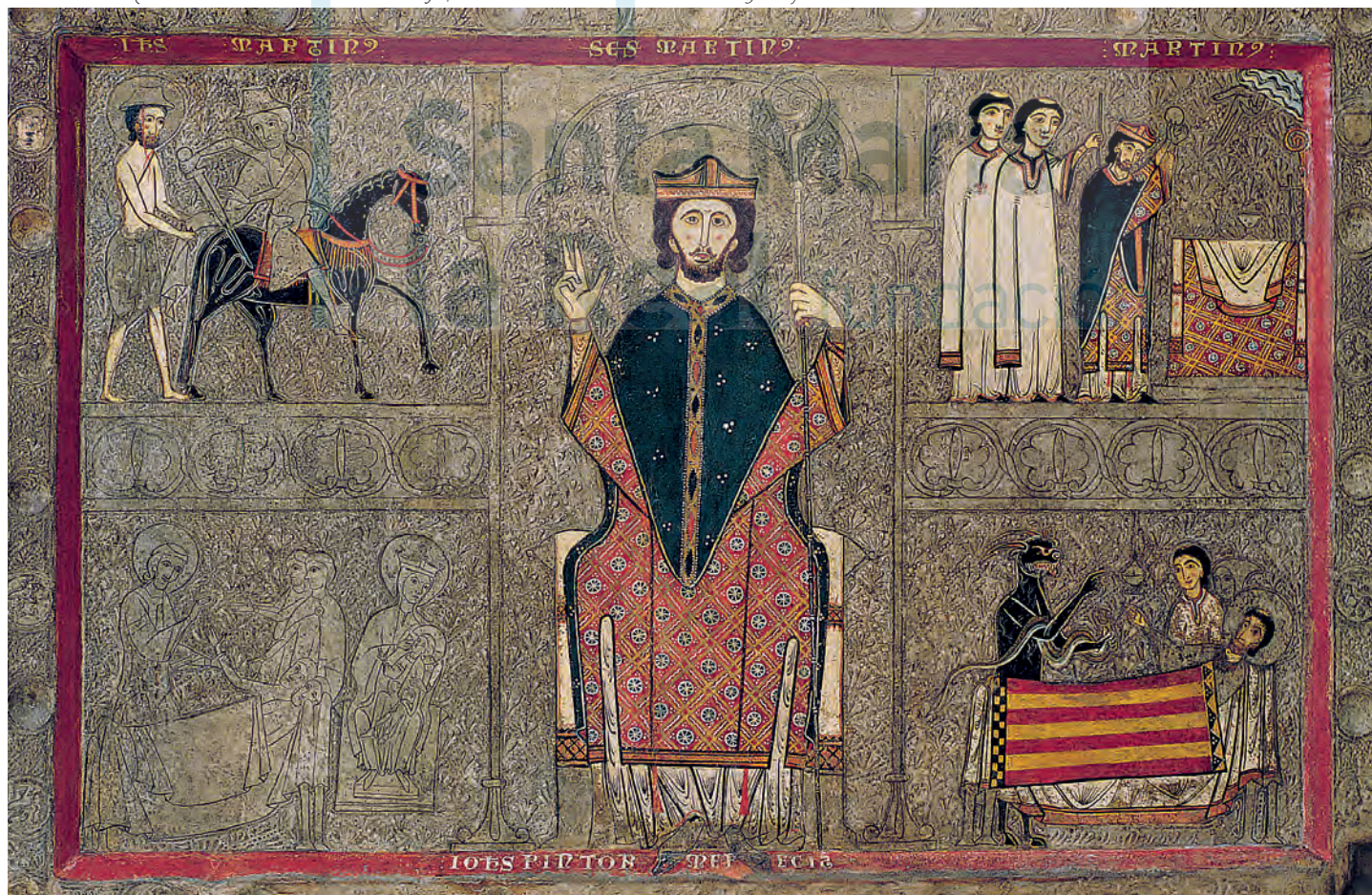
La iglesia de San Martín poseyó un frontal de altar de madera, de 146 x 100 cm, pintado al temple sobre estuco y con revestimientos de estaño, que en fecha imprecisa fue adquirido por el coleccionista catalán Lluís Plandiura, cuyos fondos pasaron en 1932 al Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC), donde actualmente se conserva. Es una pieza singular datada a finales del *siglo XIII*, perteneciente al llamado "taller de la Ribagorza", en el que se incluyen varios frontales de altar de características similares en cuanto a técnica, composición y estilo. Este de Chía, dedicado a san Martín, presenta una estrecha relación con algunos de ellos, como los de Treserra y Betesa, aunque se considera una obra algo más evolucionada que avanza ya algunos aspectos de transición al gótico.

El frontal se divide en tres calles, ocupada la central por la figura sedente del titular, en actitud de bendecir, con los atributos episcopales y bajo un fino arco trilobulado. Las calles laterales, divididas en dos pisos, representan escenas de la vida del santo: de izquierda a derecha y de arriba abajo, san Martín a caballo partiendo su capa con Cristo, que había tomado la personalidad de un pobre aterido para promover su conversión; la misa de san Martín, donde la mano del

Altísimo, representada en el ángulo superior derecho, opera el milagro de adecantar las vestiduras y alargar las mangas del santo obispo, que había cambiado su traje por los harapos de un mendigo, en el momento de alzar la Sagrada Forma; la curación de dos moribundos, junto a la imagen de la Virgen de la Leche; y la muerte del santo, tentado en su lecho, en el último momento, por la figura del diablo, representado en forma de oscuro animal fantástico.

Todo el fondo va decorado con un rico relieve en estuco cubierto de estaño, formando una cuadrícula de finas líneas de bolas que encuadran estilizadas palmetas de tres hojas. La misma técnica se utilizó para ornamentar el marco del frontal, en el que se dispone una orla de palmetas salpicada de medallones huecos que alternan con otros donde se representan leones rampantes, más otros dos, en la parte superior de los laterales, en los que se inscriben escudetes lisos. En el estrecho listón biselado que une el frontal y el marco, pintado de un vivo color rojo, aparecen varias inscripciones: en la parte superior, el nombre MARTINUS, que identifica tres veces al santo titular de la pieza, más el anagrama JHS que hace lo propio con la figura del pobre con quien Martín dividió su capa, en un acto de caridad; en la inferior, a quien se identifica es al autor del frontal, pues puede leerse IOHANNES PINTOR ME FECIT.

Frontal de altar (©Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona. Foto: Calveras/Mérida/Sagristà)





Destaca en esta obra la naturalidad del dibujo, aun dentro de los cánones románicos, que empieza a romper el carácter estático, hierático y frontal de los personajes, otorgándoles viveza. Destaca también el vistoso cromatismo de la pintura al temple, especialmente en los ropajes de la figura de San Martín y en el revestimiento del altar, con motivos decorativos de raigambre musulmana que recuerdan a los tapices islámicos conservados en la catedral de Roda, y en el cobertor del lecho del santo en la escena de su muerte, que lleva los colores del señal real de Aragón. Falta la pintura en algunos sectores de la pieza, como en la arquitectura que rodea a la figura central del santo, las grecas de roleos que dividen las escenas laterales y, sobre todo, en la escena inferior izquierda, que quedó simplemente incisa sobre el estuco; más que a una deficiente conservación, esto parece deberse al hecho de que el trabajo pudiera quedar inacabado.

Texto y fotos: MSM - Plano: ABRP

## Iglesia de San Vicente

LA PARROQUIAL OCUPA UNA POSICIÓN CENTRAL en el urbanismo de la localidad y conforma, junto con la antigua casa rectoral y el recinto del cementerio, una plaza recoleta hacia su costado sur. No quedan apenas restos de su primitivo origen románico, a excepción tal vez de algunas hiladas en la parte inferior de su torre, adosada al muro septentrional de la nave, y de un crismón trinitario colocado sobre la clave de la portada. Este corresponde al llamado "tipo ribagorzano", que muestra la particularidad de añadir al vástago vertical las letras V y E, interpretadas generalmente como las iniciales de *Victorianis Ecclesiae*, indicando la pertenencia del templo al monasterio de San Victorián. La letra E, colocada en el extremo inferior de este brazo, se identifica también, a menudo, con el símbolo de la llave. El brazo horizontal de este modelo ribagorzano es sustancialmente más corto que los demás, por lo que se clasifica como crismón de siete brazos. De los que forman las aspas penden los símbolos del principio y el fin (alfa y omega). Inscrito en un círculo o aro, los extremos de los brazos son ligeramente patados. Se data a finales del siglo XII, fecha que conviene al momento en que el monasterio asanense se hizo cargo de la villa por orden de Alfonso II, tras habersele sido usurpados sus derechos por Bernardo de Beranuy (1184).

Sobre el acceso al pequeño pórtico se colocó una copia moderna del mencionado crismón.

Texto y foto: MSM

### Bibliografía

AA.VV., 1996c, pp. 274-276; AA.VV., 2011, pp. 174-175; ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 126-129; BERTRÁN, M., 2008; BORRÁS GUALIS, G. M. y GARCÍA GUATAS, M., 1978, pp. 400-405; CAMPS I SÒRIA, J., 1992; CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, M., 2008, pp. 132-133; COOK, W. W. S., 1929; COOK, W. W. S., 1960, p. 25; COOK, W. W. S. y GUDIOL RICART, J., 1950, p. 167; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, I, pp. 339-341; GARCÍA GUATAS, M., 1993b; GRAU QUIROGA, N., 2010, pp. 378-379 y 508; IGLESIAS COSTA, M., 1985-1988, I/2, pp. 24-27; IGLESIAS COSTA, M., 1998, pp. 92-96; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 2, pp. 143-146; MARTÍN DUQUE, Á., 1965, docs. 61 y 62, pp. 59-60; MARTÍN DUQUE, Á., 2004, doc. 85, pp. 118-120; doc. 96, p. 133; doc. 156, p. 177; doc. 228, pp. 240-241; NIETO CALLÉN, J. J., 2008, pp. 5-10; SÁNCHEZ CASABÓN, A. I., 1995, doc. 396, pp. 528-529; SERRANO SANZ, M., 1912, pp. 38-40; TOMÁS FACI, G., 2008, pp. 795-810; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, I, pp. 450-451.



Crismón

### Bibliografía

AA.VV., 1996c, p. 274; ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 129-130; GARCÍA GUATAS, M. (dir.), 1992, I, p. 339; IGLESIAS COSTA, M., 1985-1988, I/2, pp. 24-27; IGLESIAS COSTA, M., 1998, pp. 92-96; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 2, pp. 143-146; OLANETA MOLINA, J. A., [www.claustro.com/Chia](http://www.claustro.com/Chia).

